



lidan con el poder monárquico su nacionalidad.

Esta refinada diplomacia tiende á la unidad, exigiendo sigilo y direccion fija. El inmoral poder del oro modifica aquellos cálculos; él declara las guerras, reúne ó dispersa los ejércitos, quebranta el heremismo suizo, da importancia á los banqueros, á los judíos, á los fiscales; obliga á los reyes á que procesen y confiscuen, á los químicos á que den tormento á los crisoles, á los magos á que busquen las artes ocultas, á los mercaderes á que viajen, y en breve por su medio obligará Colon á que le sigan á hacer su gran descubrimiento con sólo decir: «El oro es una cosa excelente; con el oro se forman tesoros; con el oro se tiene todo lo que se desea en este mundo; con el oro se hace también llegar las armas al Paraíso.»

Los gobiernos no se han atrevido todavía á profesar en alta voz el ateísmo de la política y la soberanía del interés, y se proponen empresas de sentimiento, ya fingiéndole en favor de la Tierra Santa, ya en contra de los turcos, y aún se jacta algún pontífice de que puede reunir la cristiandad; los adelantos que se han hecho en las armas homicidas, se reservan solamente para combatir á los infieles. Era, pues, apreciado todavía el nombre de cristiano, que los siglos siguientes tendrán á gala cambiar por un nombre político.

Entre tanto, á los peligros del desorden suceden los de la centralización. Los nobles humillados tratan de adquirir importancia ó alguna parte del poder, haciéndose aliados y súbditos del rey, el cual, no teniendo ya necesidad de halagar al pueblo, empieza á odiar las libertades de éste. Los ejércitos permanentes destruyen el feudalismo, porque el esclavo se alista como soldado y el rey tiene quien ejecute sus decretos sin acudir al brazo de los nobles. Las armas de fuego dan á los reyes las fortalezas y la preponderancia; los monarcas creen que el poder es la medida de sus actos, y en vez de los delitos contra la religión, se inventan otros contra la majestad; así que prevalecería una torpe tiranía si no la detuviesen la imprenta y los progresos del pensamiento.

El comercio se aumenta, y con él las relaciones de los pueblos; ya no se hacen tratados

entre castillo y castillo, sino entre Comunes y pueblos; la riqueza mueble crece junto á la numeraria, pero ésta era nueva, y no deben causar extrañeza las inexpertas tentativas que se hacen para arreglarla. Se cree que puede reformarse la moneda y alterarla á voluntad, y fijar el máximun de las ventas, como lo hizo en Francia Felipe el Hermoso en 1304; imponer rigurosas leyes suntuarias, como sucedió allí mismo en 1294 y con frecuencia en Italia; limitar la usura con leyes que la aumentan; regularizar las alcabalas con perjuicio de los vecinos. Se multiplican las leyes acerca del comercio de los lombardos y de los judíos; se forman sociedades mercantiles, algunas de las cuales llegan por fin á ser soberanas. Pero las naciones no se buscan unas á otras para robarse cometiendo violencias, sino para comerciar y hacer tratados; se respeta el derecho de gentes; los abusos de la fuerza hallan á lo ménos la protesta y el odio; los feudatarios se dedican al trabajo, y principia á comprenderse la fuerza de la asociación.

Adquieren entónces casi la misma importancia los jurisperitos, que, creados por los señores feudales y por el catolicismo, se vuelven contra aquéllos. Los de la antigüedad, que eran hombres de Estado, se hacían letrados y oradores por mero pasatiempo; los modernos hacían de jueces, especialmente en ausencia de los barones; en adelante no se dará un paso sin consultarlos, ya se quiera disfrazar una grande injusticia, ya reducir á justos términos la autoridad de los reyes ó de los pontífices. Cuando la bala del villano traspasó la coraza del señor; cuando los príncipes tuvieron que pedir prestado á los mercaderes para pagar á sus tropas; cuando el legista tomó posesion del tribunal, ocupado ántes por el baron armado, y á los juicios de Dios reemplazan los testigos, el interrogatorio y los textos de las leyes, pudo decir el pueblo que habia comenzado su época, con cuya continuacion debia llegar á serlo todo.

La época que hemos descrito se halla en los confines de dos mundos, el feudal y el popular, el pasado y el futuro; por eso tiene tanta parte de fantástica y de positiva, de cálculo y de ligereza, caracteres grandiosos y almas poé-



ticas junto á los meditados decretos de los reyes y á las prosáicas indagaciones de los letrados y jurisperitos; en frente de Bernabé, de Luis XI, de Enrique VII, de Alberto de Austria y de Nicolas de Sira, nacen en desacuerdo con ellos Dante, Rienzi, Duguesclin, Juana de Arco, Francisco Esforcia, Mahomet II, Bayaceto, Carlos el Temerario, Gustavo Wasa, Isabel y Jimenez de Cisneros.

No debe olvidarse que la civilizacion se difundia entre los mayores pueblos y mayor número de clases, precisamente cuando ocurrían desastres que se hubieran creído suficientes para destruirla. Además de la peste negra, que hemos visto dar la vuelta á la Europa, y que en Italia arrebató á tantos hombres ilustres, toda el Asia fué sacudida por horribles terremotos, que en el año 1342 y siguientes agitaron el Egipto y la Siria; en aquel mismo año se vieron anegados los alrededores del Rhin y algunos países de Francia, no por las lluvias, sino por torrentes desbordados, quedando sumergidos de un golpe los sitios secos. Tres años despues hubo diluvios universales, hundimientos, carestía; en Italia las lluvias incesantes de cuatro meses corrompieron las semillas, por lo cual Florencia preparaba diariamente noventa y cuatro mil raciones de doce onzas de pan para los necesitados, ocurriendo en los dos años inmediatos una extraordinaria carestía y la consiguiente mortandad. Despues, en 1348, se notaron también las señales de aquella gran convulsion interior del globo, que se habia manifestado en China en los años anteriores; el 25 de Enero empezó á conmoverse la Grecia é Italia, destruyéndose las casas y templos; en Carintia se arruinaron treinta Comunes y todas las iglesias; Villac se hundió; de muchas ciudades no quedó la menor señal; mudaron de asiento algunas montañas, y cambió de faz la superficie de varios terrenos. Los terremotos se prolongaron hasta el año 1360, y sin embargo, los habitantes de la lejana Islandia se vieron libres de ellos; Dinamarca y Noruega interrumpieron sus acostumbrados viajes á la Groenlandia, en cuyas orillas orientales se amontonaron entónces aquellos hielos que ningun extranjero ha vuelto á visitar hasta nuestros dias. Espanto-

sos huracanes se renovaron en Italia en el mes de Diciembre de 1456, de tal manera que, según dice San Antonino, más de sesenta mil personas perecieron, la mitad de ellas en la sola ciudad de Nápoles (ep. 207), y una isla, toda llamas, surgió en el mar Egeo.

Los hombres padecían males sin cuento y perecían á millares; pero así como al dia siguiente de una batalla los que sobreviven marchan al triunfo sin cuidarse de los que han sucumbido, así también las sociedades, diezmatadas, no debilitadas, volvían á emprender la senda trazada por la Providencia.

La Italia, cuando empezó á perder la importancia que le habian dado la supremacia papal y las repúblicas, alcanzó otra, debida al desarrollo de las facultades más nobles del espíritu, llegando á ser para el resto del mundo maestra en las artes, política y literatura. Esta última constituyó entre las naciones aquel vínculo que formaba ántes la religion, y así como se habia dicho en otro tiempo república cristiana, se dijo entónces república literaria. Esta, si bien pudo parecer á primera vista cosa de pura diversion, debia con el tiempo adquirir firmeza, sentir su dignidad y figurar entre las demas fuerzas motrices del mundo, creando la opinion: y cuenta que las opiniones deberán un dia mandar á las bayonetas. El idioma latino deponen el moho de la edad media; el griego se difunde; el alemán sale mejorado de la variedad de dialectos; el francés y el inglés progresan, si bien aún les falta mucho para llegar á su perfeccion futura. El italiano ha alcanzado ya su magnificencia, y lo que es más importante, en Italia los literatos son también hombres de acción. Desgraciadamente, la literatura se desvía de la noble senda á que la habian lanzado los que le hicieron dar sus primeros pasos en el seno de las repúblicas, y una vez reducida á mendigar en las cortes ¿cuál habia de ser su influencia sobre la nacion?

Por su parte las artes, que en la edad media formaban un grupo al rededor del altar, dividiéndose ahora, se perfeccionan; las formas góticas se mezclan con las griegas; el arco redondo con el agudo; la vanidad fantástica con



la correccion de los adornos clásicos, hasta que se separan, elevándose las formas á costa del sentimiento, y dirigiéndose, no al alma, sino á los sentidos.

¡Qué sacudimiento no debió producir en las inteligencias la repentina difusion de quince mil libros impresos, más correctos que los manuscritos y más baratos! Á la lectura escasa, atenta, repetida, sucede la rápida y multiplicada; á las convicciones incontrastables por que no eran combatidas, la extension de los conocimientos y el deseo de adquirir otros nuevos. ¡Qué placer al leer los autores clásicos á medida que eran exhumados, sin la preventiva aversion inspirada por las escuelas! Es, pues, perdonable que el culto de la antigüedad se convirtiese en idolatría, y que entrase un verdadero frenesí de renovarla, en vez de pensar en competir con ella.

El imperio del talento pasa entónces de los escritores originales á los eruditos, gente laboriosa, pero no inventora, que en metafísica y moral no iban más allá del punto á que habian llegado los escolásticos. En la historia y en las antigüedades dejaban campo á la impostura; y en la exposicion violentaban los pensamientos, sin conseguir la deseada pureza.

La erudicion es la forma general de todo estudio y progreso en aquella época; los textos son una autoridad, y para convencer basta citar; la medicina se dedica á explicar ó combatir á Hipócrates y Galeno; la filosofía busca en Platon ó en Aristóteles la base de sus argumentos y hasta el velo que cubre sus atrevidas opiniones; la alquimia se apoya en antiguos nombres venerados; la estrategia, á pesar de las nuevas armas, se fatiga estudiando á Onesandro y Vegecio, y tratando de reconstruir el puente de César sobre el Rhin; la arquitectura

busca en Vitrubio, no sólo los preceptos de la imitacion, sino tambien la justifiacion de las innovaciones.

En esta liza inevitable, los ánimos independientes no limitan la restauracion de los clásicos á una industria literaria, sino que la extienden á la misma vida; emperadores y repúblicas buscan allí leyes é instrucciones; los jurisconsultos tratan de extender y á veces de poner trabas á los nuevos derechos, y Nicolas Montano, Nicolas Rienzi y Porcari, meditan la reforma de su patria, inducidos por recuerdos clásicos.

Pero en medio de sus estudios, que versaban todos acerca de la antigüedad, aquellos atrevidos pedantes sentian agitarse el mundo moderno; y miéntras Colon, llevado de la erudicion, se obstinaba en su glorioso error, Pedro Mártir de Anglería escribia á Pomponio Leto (ep. 152): «No pasa dia sin que se nos cuenten nuevos prodigios de ese nuevo mundo, de esos antipodas de Occidente, que cierto genovés, llamado Cristóbal, ha descubierto. Creo que te habrás estremecido de alegría, costándote trabajo para contener las lágrimas cuando por mis cartas has tenido noticia del orbe ignorado hasta ahora. ¿Qué manjar más suave que éste para los ingenios sublimes? Lo calculo por mí mismo, que me considero feliz cuando hablo con algunas personas procedentes de allí. Hagan consistir los miserables avaros sus delicias en acumular riquezas; nosotros recreamos nuestra imaginacion contemplando tales maravillas. ¿Qué más hicieron los fenicios cuando en comarcas lejanas reunieron pueblos errantes y fundaron ciudades? Á nuestros tiempos estaba reservado ver dilatarse tanto nuestras concepciones, y aparecer tantas cosas nuevas en el horizonte.»

CAPÍTULO XXXVIII.

Arengas del dux Mocenigo.—El Banco de San Jorge.—Viaje de Clavijo.—Carta del marqués de Santillana.

Cuando se discutió si Venecia debía unirse á los florentinos en 1421 contra el duque de Milan, el dux Tomas Mocenigo estuvo constantemente por la negativa, y Francisco Foscari, procurador jóven, por la afirmativa: éste, con el ardor de la juventud, y Mocenigo con la prudencia de la edad madura, sostuvieron su opinion en el gran Consejo. Sanuto inserta la arenga del dux y dice que la tomó del mismo manuscrito de aquel príncipe.

«Nuestro procurador jóven maese Francisco Foscari, prudente en el consejo, ha dicho en la tribuna todo lo que los florentinos han expuesto al colegio, y lo que nosotros hemos manifestado en contestacion á vuestras señorías. Dice que es conveniente socorrer á los florentinos, pues que su bien es el nuestro, y en su consecuencia, nuestro mal el suyo. En tiempo y lugar le contestarémos cumplidamente.

Procurador jóven: Dios creó é hizo la naturaleza angélica, que era la más noble cosa creada, y le dió cierta medida para conocer el camino del bien y del mal. Los ángeles eligieron el mal: Dios los castigó, y los arrojó del Paraíso al infierno, y ellos de buenos se convirtieron en malos. Otro tanto se puede decir de los florentinos, que buscan el mal, y lo mismo nos sucederá á nosotros si consentimos en lo que propone nuestro procurador jóven, maese Francisco Foscari. Os exhortamos á manteneros en paz: si el duque os hiciere una guerra injusta, Dios, que todo lo vé, nos dará la vic-

toria. Vivamos en paz, porque Dios es la paz: los que quieren la guerra vayan al infierno.

Procurador jóven: Dios crió á Adan prudente, bueno y perfecto, y le dió el Paraíso terrenal, donde estaba la paz, con dos mandamientos de Dios; que le dijo: *Goza en paz de todo lo que existe en el Paraíso; pero no comas de la fruta de tal árbol.* Fué desobediente, y pecó por orgullo, no queriendo reconocer que era criatura. Ahora bien, Dios le privó y arrojó del Paraíso, donde estaba la paz, y le puso en la guerra, que es este mundo. Adan se condenó á sí mismo, y con él condenó á toda la raza humana; un hermano dió muerte á otro hermano, y las cosas fueron de mal en peor. Así sucederá á los florentinos por tener guerra, y si nosotros seguimos los consejos de nuestro procurador jóven, nos acontecerá otro tanto.

Procurador jóven: no conociendo el hombre á Dios despues del pecado de Cain, y obrando á su antojo, Dios le castigó con el diluvio, excepto á Noé, á quien le plugo preservar. Lo mismo sucederá á los florentinos por querer conducirse segun su capricho. Dios destruirá su país y sus bienes, y vendrán á habitar aquí, como ya han acudido, varias de sus familias con sus mujeres é hijos, para fijarse en la ciudad de Noé, la cual obedece á Dios y confía en él. De otra manera, si seguimos el parecer de nuestro procurador, los nuestros se dispersarán é irán á habitar en ciudades extrañas.

Procurador jóven: Noé fué santo, elegido